



Aurora, de José Marzo. *Diez cuentos mal contados*, de Miguel Baquero. *Miradas* y *Rumbo Sur*, de Guido Finzi, y *Jazzesinato* y *Sueños y desatinos*, de Rafa Sastre.

Bases del Concurso de Cuentacuentos de ACVF Editorial 2015

1. Podrán participar actores mayores de edad, aficionados o profesionales, residentes en España o en el extranjero. Podrán actuar con su nombre real o bajo un nombre artístico.
2. Se establece un premio único de 300 euros. Cada participante recibirá como obsequio un libro impreso del fondo de ACVF Editorial, un ebook los residentes en el extranjero. El premio no podrá declararse desierto.
3. Los actores participantes interpretarán dos de los cuatro relatos del guión adjunto, grabarán su interpretación en video doméstico y lo subirán, optativamente, a Youtube, Facebook o sitios similares. Además, es imprescindible publicarlo en el grupo del Club de Lectores de ACVF Editorial en Facebook: <https://www.facebook.com/groups/clubdelectores.laviejafactoria>
4. Los vídeos ya pueden publicarse. El plazo límite son las 24 h del próximo 15 de diciembre de 2015. Los vídeos permanecerán publicados al menos hasta el 10 de enero siguiente.
5. ACVF Editorial - La Vieja Factoría, al fallar el premio, adquiere los derechos de reproducción del vídeo premiado, sin que haya lugar a ninguna otra contraprestación. La editorial respetará los derechos morales del actor premiado.
6. El jurado está formado por los autores Rafa Sastre, Guido Finzi, Miguel Baquero y José Marzo. Una quinta persona del equipo de ACVF Editorial tendrá voto de calidad en caso de empate. Puntuarán cada vídeo. Un 80% de la nota valorará la interpretación oral. El 20% restante valorará los gestos, el vestuario, el maquillaje, etcétera. El fallo se hará público el 10 de enero de 2016.
7. Los relatos del concurso están amparados por los derechos morales de los escritores. Sus respectivos autores han hecho una cesión parcial para este concurso: el texto puede y debe interpretarse.
8. El contacto y la comunicación con los actores participantes se canalizarán a través de Facebook o por correo electrónico.
9. Para cualquier desavenencia, las partes se someten a la jurisdicción de Madrid. La participación implica la aceptación de estas bases.



[GUIÓN]

[Instrucciones. Escoja para su interpretación dos de los cuatro relatos o fragmentos propuestos. Lea todo el texto, excepto las acotaciones entre corchetes, que contienen instrucciones, indicaciones y sugerencias. Lea título del relato, título del libro y autor, junto con la indicación de si es un fragmento o un relato completo. Puede introducir en el texto pequeñas modificaciones que le ayuden en la interpretación; por ejemplo, que ayuden a que el espectador identifique al personaje que habla, u ocasionales cambios de género. Recuerde que un 80% de la valoración se deberá a la interpretación oral, y el 20% restante a los gestos, vestuario, maquillaje y otros elementos sencillos de escenografía. Grabe su interpretación en una o varias sesiones, pero en un solo archivo, llamado SUNOMBREoNOMBRE ARTÍSTICO-CUENTACUENTOS-ACVF-2015 y súbalo a internet. Por último, publíquelo en el grupo en Facebook del Club de Lectores de ACVF o envíe el enlace a la cuenta de correo electrónico acvf_editorial@hotmail.com. Comenzamos...]

[salude y diga su nombre real o nombre artístico]

Concurso de Cuentacuentos de ACVF [a-ce-uve-efe] Editorial 2015

[1]

«Salvadores», del libro *Sueños y desatinos*, de Rafa Sastre. Relato completo.

Primero vinieron a visitarme los salvadores de patrias. Antes de que pudieran abrir la boca, les dejé cristalinamente claro que yo tengo tres: el Mundo, el Fútbol Club Barcelona y mi familia. En cuanto al Mundo, les comenté, es evidente que no hay quien lo salve, y si existiese ese superhéroe, ya se encargarían los poderes fácticos de eliminarlo por la vía rápida. Respecto al Barça, no necesita salvación, es precisamente ese equipo el que cada semana nos conmuta la pena del aburrimiento a los aficionados al balompié. Y por lo que atañe a la familia, que es mi única patria verdadera, nos vamos apañando, gracias. Estos vendedores de banderas y donantes de conflictos se miraron entre perplejos y contritos, me ofrecieron un panfletillo (que terminó en el cubo de la basura) y se largaron con viento fresco.

Luego aparecieron los salvadores de almas. Inmediatamente, les rogué, en su calidad de especialistas, ayuda urgente para encontrar la mía, que me había abandonado el miércoles de la semana anterior llevándose una maleta repleta de amores, odios, rencores, frustraciones, anhelos... Precisaba recuperar mi espíritu y todos sus sentimientos, pues ahora sólo era un vagabundo sin memoria y con la mente plana. Pero no debían ser unos especialistas demasiado competentes, el único paliativo que me ofrecieron fue la tarjeta de su puñetera cofradía con un número de teléfono en el que aseguraban que recibiría la asistencia anímica necesaria (tarjeta que por supuesto también acabó en la basura). Como vendedores de humo que eran, se desvanecieron silenciosamente.

Al cabo, llegaron los salvadores de los salvadores. Me cayeron simpáticos desde el principio y los invité a pasar. Después de unos tragos, no tuvieron reparos en confesar que ellos tampoco salvan a nadie de nada, pero que disfrutaban esparciendo su mensaje de la trascendencia del individualismo, de la imprescindible deserción del rebaño, de la relevancia y significación de la diversidad y del formidable peligro del pensamiento único. ¡Éstos sí eran buenos vendedores! Tan buenos eran que les compré su máquina de elaborar ideas, me arremangué y me puse a escribir este cuento.

[fin del primer relato]

[2]

«Liliana», del libro *Rumbo Sur*, de Guido Finzi. Relato completo.

Había engordado de cintura para abajo, y su piel se había ajado un tanto, desplegando una amplia red de finas arrugas cada vez que sonreía. Sin embargo, a pesar de todo, una belleza de esencia se imponía a las huellas del paso del tiempo, confiriéndole el sano atractivo de mujer madura que ha sabido envejecer, al desprecio de frivolidades y aceptándose tal como era.

Esa tarde, tomamos café y hablamos de generalidades, gambeteando hábilmente al porqué de nuestra separación y evitando la estéril especulación de lo que pudo haber sido y no fue. Charlamos cordialmente, y nos sonreíamos a cada instante, pero sin coincidir las miradas. Preferíamos, a modo preventivo, fijarnos el uno en el otro de un modo intermitente, con miedo a que nuestros ojos encontrados y el silencio fueran tan elocuentes que las palabras carecieran de significado. A pesar de que habían transcurrido diez años de lo nuestro, aún eran muchas las mañanas en que ella era el primer pensamiento que acudía a mi cabeza al levantarme.

Me contó algunos pormenores de su exitosa carrera periodística, que yo seguía muy de pasada porque, ante la dolorosa perspectiva de desayunar cada día leyendo sus artículos, optaba por cualquier otra menos evocadora. En lo referente a su vida emocional, omitió hacer cualquier mención. Yo no insistí; no quería saber que su cuerpo era disfrutado por otro, tal vez más alto, más guapo, más encantador y con más plata que yo. Por mi parte, le hablé de mi anodina existencia, ficcionando generosamente una realidad en la que el destino había hecho estragos desde que nos separamos.

Al despedirse, y tras darme un beso más cálido de lo normal (así me lo pareció) en la mejilla, se volvió antes de salir por la puerta, y me dijo:

—Si te sirve de algo, siempre me arrepentí de dejarte.

Se me antojó que lo decía en serio, pero, incapaz de contestar algo, y mucho menos de salir corriendo tras ella, me quedé parado como un boludo, sin hacer otra cosa que guardar silencio y dejarla marchar. Desde entonces, aquella frase es mi único consuelo.

[fin del segundo relato]

[3]

«The original New York», del libro *Diez cuentos mal contados*, de Miguel Baquero. Fragmento.

A mediados del año intergaláctico 41321, el médico me recomendó un cambio de aires. El clima sulfuroso y las emanaciones de amoníaco de Giovedi, tercer planeta de Alfa Centauro, en el que vivía, habían acabado por provocarme episodios de desorientación, confusión y vértigo, algo, esto último, especialmente peligroso en un oficio como el mío: instalador de toldos. «Le voy a dar a usted la baja —me dijo el médico— y le aconsejo que, durante un par de meses, se establezca en algún planeta de clima benigno, rico en oxígeno y donde pueda entretenerse con alguna excursión». «¿Me recomienda algún planeta en concreto?», le pregunté al doctor. «Bueno, pienso que la vieja Tierra no estaría mal».

Yo había oído hablar, ¿quién no?, del planeta Tierra, el tercero del Sistema Solar, también llamado «el Planeta Madre» porque de él, según nos enseñaron en la escuela, habían surgido los hombres allá en la noche de los tiempos. La Tierra siempre había conservado, por lo menos hasta hace unas décadas, un gran atractivo como destino turístico para quienes, además de lluvia y oxígeno, buscaban el componente cultural. Muchos eran, en efecto, los que hasta hace poco vacacionaban en la Tierra y aprovechaban su estancia para, como anunciaba la publicidad, «sentir la caricia del agua en el rostro», «deleitarse con un plato de carne o pescado, al modo de los primitivos», pero también para «visitar los viejos edificios de piedra de la época en que los hombres adoraban a los dioses». Sin embargo, y de un tiempo acá, los touroperadores habían cambiado su oferta al hilo de los gustos del público, que ahora prefería el turismo de aventura antes que el clásico, y había relegado los escenarios culturales por la naturaleza más exuberante. Vistos desde esta perspectiva, los pobres fiordos noruegos nada tenían que hacer frente a los 42 kilómetros, 42, de caída en vertical de los acantilados de Melusia; las cataratas del Iguazú (por nombrar los paisajes más famosos de la Tierra) eran apenas un chorro insípido de agua al lado de la gran cascada de quince colores y siete kilómetros de pared del cráter Sabora, en Matrim; y comparada con la jungla amarilla de Byonmar, de dos veces el tamaño de Júpiter, la vetusta selva de África era un parque arbolado, por más que en ella hubiera surgido la Humanidad. A la gente no le impactaban ya esos sentimentalismos y desde hacía, como digo, varias décadas, la Tierra había quedado como destino principalmente para mochileros, para el turismo de botellín de agua, zapatillas playeras, menú del día y regateo en las tiendas.

Pese a todo, no me disgustó la idea de trasladarme durante un par de meses al planeta originario. Junto a la natural curiosidad que, yo creo, siente todo ser humano por conocer el planeta de sus ancestros, se encontraba también el hecho de que mi segunda mujer había sido una «no emigrante», como se llama en tono peyorativo a quienes no han abandonado todavía el planeta azul para instalarse en las estrellas o lo han abandonado hace muy poco. Yo sé que en muchos planetas se les desprecia y sobre ellos se extiende el lugar común de que «ahora vienen, a mesa puesta, a comerse nuestro pan, con lo que nos ha costado —y es bien cierto— sacarlo del horno». Yo, sin embargo, salté en su día por encima de estos prejuicios y no dudé en enamorarme de mi hermosa «aria», de sus ojos, que todavía tenían color, de sus orejas a ambos lados de la cara, de sus exóticos pechos pares.

Aglaé se llamaba.

[fin del fragmento del tercer relato]

[4]

«Ojo de buey», del libro *Aurora*, de José Marzo. Relato completo.

Miguel despertó sobresaltado al oír la alarma del móvil. Pero no había sonado, y en el mismo instante en que despertó, comprendió que sólo había sido producto de su imaginación.

Aquella situación comenzaba a convertirse en una pesadilla: llevaba días pegado al móvil esperando un aviso que no se producía. Le habían encargado que aportara el material fotográfico para un reportaje sobre accidentes de moto. Había retratado

a los responsables de las instituciones, a varios paraplégicos en sus sillas de ruedas, había fotografiado incluso las lápidas y los epitafios de algunos fallecidos, pero no había conseguido una sola foto *in situ*, en el lugar del accidente. A fuerza de esperar la llamada de su contacto en la Dirección General de Tráfico, había imaginado a un motorista vestido de cuero tumbado junto a un charco de sangre, y a su lado una moto cuya rueda trasera aún giraba.

Era desesperante: por primera vez después de muchos años, no se producía en la ciudad en una semana un solo accidente de moto con heridos graves o fallecidos.

Cuando por fin sonó el móvil, estaba en la bañera. Salió a trompicones del aseo, se vistió a medio secar y abandonó a toda prisa el apartamento.

Cruzó en automóvil media ciudad hasta llegar al lugar del accidente. Era de noche y distinguió a lo lejos las luces de la policía y de una ambulancia.

A causa de la colisión lateral con un coche, la motorista había salido despedida. Un reconocimiento básico sobre el terreno había bastado para detectarle contusiones y fracturas por todo el cuerpo. Ya la habían reanimado y se disponían a colocarla en la camilla. Habría sido absurdo, completamente absurdo, pensó Miguel, que después de tanto esperar no pudiera obtener algunas fotos. Se abrió paso entre el corro de curiosos y mostró su documentación. A duras penas consiguió que dejaran a la chica un momento donde estaba, en el asfalto, y que retiraran la camilla del encuadre.

Después de todo, la espera había valido la pena. Volvió al apartamento y durmió un par de horas. Por la mañana temprano, llevó el carrete al estudio y esperó en una cafetería cercana. Cuando le entregaron las ampliaciones, las observó detenidamente, una por una. Era un buen trabajo. La exposición era correcta, había conseguido mucha profundidad de campo y nitidez incluso en objetos que se movían. Había fotos excelentes, sobre todo aquella en la que la chica, contra el negro del asfalto (el entrecejo en el centro geométrico del encuadre), levantaba el brazo y parecía querer tapar con la mano el objetivo de la cámara.

[extienda la mano hacia el espectador y tape el objetivo de la cámara]

[fin del cuarto y último relato]